

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Hans Brinker o los patines de la plata ».

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/hans-brinker-o-los-patines-de-plata>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



**HANS BRINKER
O LOS PATINES DE PLATA**

HANS BRINKER O LOS PATINES DE PLATA

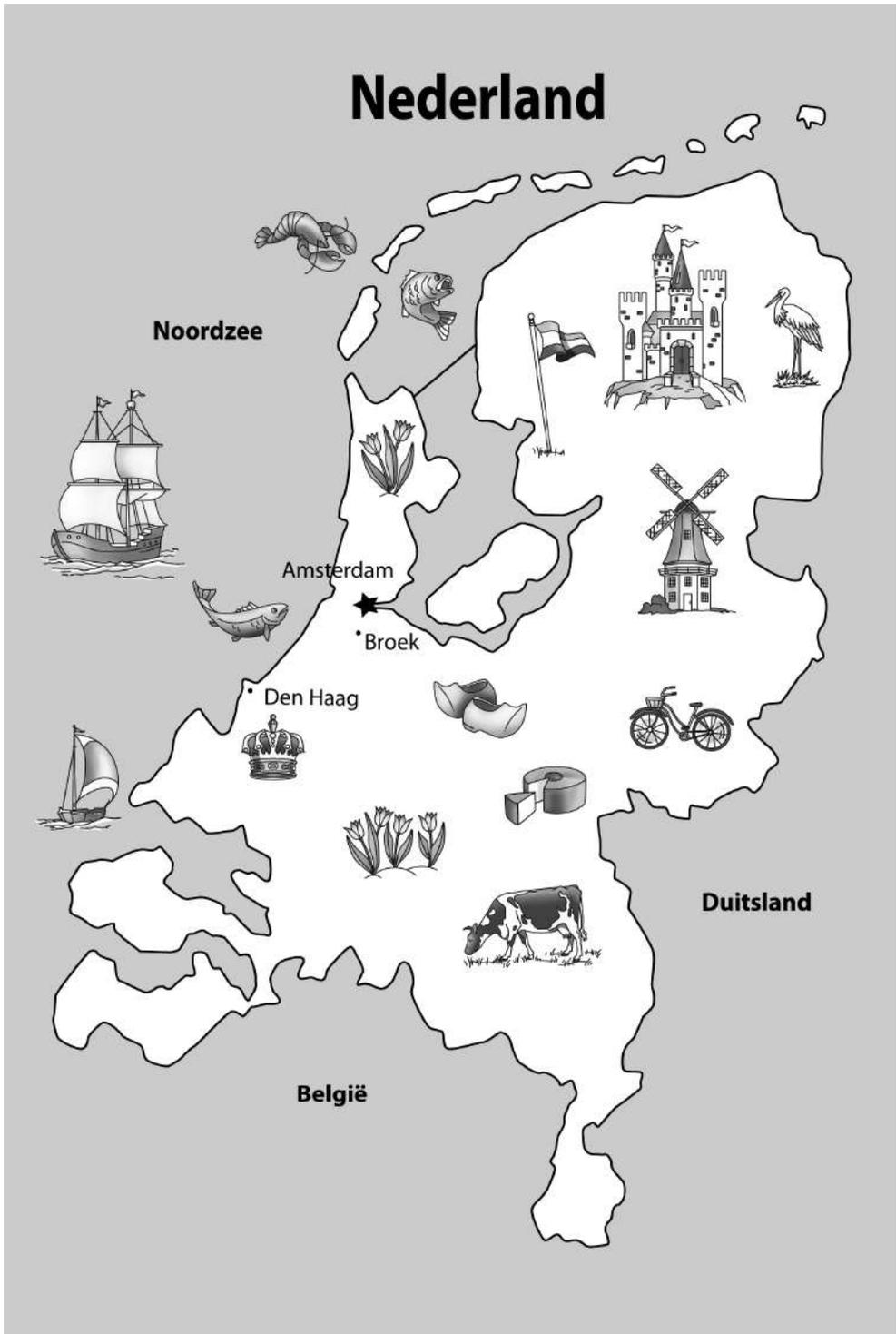
MARY MAPES DODGE



CONTENIDO

Prefacio	vii
Prólogo	xi
Mapa de los Países Bajos	xiii
Capítulo 1	1
Capítulo 2	8
Capítulo 3	20
Capítulo 4	28
Capítulo 5	39
Capítulo 6	49
Capítulo 7	55
Capítulo 8	61
Capítulo 9	69
Capítulo 10.	81
Capítulo 11.	95
Capítulo 12	106
Capítulo 13.	111
Capítulo 14.	117
Capítulo 15.	126
Capítulo 16	135
Capítulo 17	144
Capítulo 18	151
Capítulo 19	162
Capítulo 20	171
Capítulo 21.	182
Capítulo 22	187
Capítulo 23	203

Capítulo 24	208
Capítulo 25	216
Capítulo 26	225
Capítulo 27.	229
Capítulo 28	246
Capítulo 29	256
Capítulo 30	261
Capítulo 31.	267
Capítulo 32	275
Capítulo 33	285
Capítulo 34	294
Capítulo 35	300
Capítulo 36	305
Capítulo 37.	311
Capítulo 38	318
Capítulo 39	325
Capítulo 40	331
Capítulo 41	338
Capítulo 42	346
Capítulo 43	358
Capítulo 44	371
Capítulo 45	392
Capítulo 46	403
Capítulo 47.	407
Epílogo	414



CAPÍTULO 1

HANS Y GRETEL

Hace mucho tiempo, en una clara mañana de diciembre, dos niños escasamente abrigados se arrodillaban a orillas de un canal helado en Holanda.

El sol no había asomado aún, pero el cielo gris empezaba a iluminarse cerca del horizonte, brillando con franjas de color carmesí a medida que iba amaneciendo. La mayoría de los honrados holandeses disfrutaban todavía de un plácido sueño matutino; incluso un venerable anciano como el señor Von Stoppelnoze, seguía dormitando en «bello reposo».

De vez en cuando, sobre la superficie cristalina del canal, pasaba velozmente alguna campesina llevando en equilibrio sobre su cabeza una cesta repleta de productos; o un robusto muchacho, que patinaba de camino a su jornada de trabajo en la ciudad, lanzaba una cariñosa mirada a los dos niños que tiritaban de frío.

Mientras tanto, el hermano y la hermana, pues eso eran, tiraban y resoplaban con gran esfuerzo mientras se ataban algo a los pies. No eran patines, desde luego, sino unas toscas piezas de madera afiladas y alisadas por debajo, y provistas de unos agujeros por los que pasaban sendas tiras de cuero.

Aquellos avíos de aspecto estrafalario eran obra de Hans, el chico. Su madre era una campesina pobre, tanto que ni

siquiera podía plantearse comprar unos patines de verdad a sus pequeños. Los de madera, a pesar de su rústica apariencia, habían hecho posible que los niños disfrutasen de muchas horas de diversión sobre el hielo; así que, en aquel momento, mientras encorvados sobre sus rodillas nuestros jóvenes holandeses se ajustaban las correas con los dedos rojos de frío y una expresión de solemne concentración en el rostro, ninguna visión imposible de unos patines de hierro podía empañar la satisfacción que les embargaba por dentro.

Algunos instantes después, el chico se levantó y, con un pomposo movimiento de los brazos y un despreocupado «vamos, Gretel», se deslizó sin dificultad por la superficie del canal.

—Eh, Hans —dijo su hermana con tono lastimero—, aún no tengo bien este pie. La última vez que fuimos al mercado me hice daño con las correas, y ahora no aguanto atármelas por el mismo sitio.

—Pues entonces átatelas más arriba —respondió Hans sin mirarla, mientras ejecutaba una maravillosa pirueta sobre el hielo.

—No puedo, la correa es demasiado corta.

Soltando un simpático silbido holandés, cuya traducción al castellano equivaldría a un «qué complicadas son las chicas», Hans se dirigió hacia donde se encontraba su hermana.

—Haces mal en llevar esos zapatos, Gretel, y más teniendo otros de cuero robusto. Incluso con tus *klompen*¹ estarías más cómoda.

1 Zapatos de madera.

—¿Qué pasa, Hans? ¿Acaso lo olvidaste? Padre arrojó al fuego mis preciosos zapatos nuevos y, antes de que pudiese darme cuenta de lo que había hecho, el calor de las brasas ya los había retorcido por completo. Puedo patinar con estos, pero no con los de madera. Ahora, ten cuidado...

Hans sacó una cuerda de su bolsillo y tarareando una canción se arrodilló junto a ella y le ajustó el patín con toda la fuerza de su fuerte y joven brazo.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó ella con auténtico dolor.

Hans aflojó la cuerda con un gesto de impaciencia, y habría arrojado la correa al suelo con la prepotencia típica de un hermano mayor, si no fuese porque, justo en ese momento, vio rodar una lágrima por la mejilla de su hermana.

—Yo lo arreglaré, no temas —dijo con súbita ternura—, pero debemos darnos prisa; nuestra madre no tardará mucho en necesitarnos.

El chico empezó a mirar a su alrededor inquisitivamente, primero hacia el suelo, luego hacia las ramas desnudas de un sauce que pendían sobre su cabeza, y finalmente hacia el cielo, que en aquel momento presentaba un aspecto espléndido, con franjas azules, carmesíes y doradas.

No habiendo encontrado en aquellos sitios nada con que satisfacer su propósito, de repente se le iluminó la mirada y, con la súbita seguridad de aquel que sabe lo que está haciendo, se quitó el gorro y retirando de él el forro deshilachado lo ajustó hasta formar una almohadilla suave sobre la pala del desgastado zapato de Gretel.



**Hans amarró el patín de madera de Gretel
a su desgastado zapato.**

—¡Ahora! —gritó triunfante, al tiempo que colocaba las tiras tan rápidamente como se lo permitían sus dedos entumecidos—. ¿Podrás soportar el tirón?

Gretel encogió los labios como diciendo: “adelante, aguantaré», pero no abrió su boca.

Un momento después, ambos reían mientras se deslizaban tomados de la mano a lo largo del canal. No dedicaron ni un solo momento a considerar si el hielo soportaría o no su peso, ya que en Holanda éste dura todo el invierno; se extiende sobre el agua de cierta manera y en vez de volverse más fino e inseguro cada vez que el sol aprieta, va haciéndose más fuerte con el paso de los días y, con su brillo, devuelve desafiante cada rayo de luz.

Al cabo de un rato, Hans escuchó una especie de chirrido bajo sus pies. Sus zancadas fueron haciéndose paulatinamente más cortas y, cada vez más, terminaban con una sacudida, hasta que, finalmente, acabó tumbado cuan largo era sobre el hielo, pataleando boca arriba de la forma más teatral.

—¡Ja, ja, ja! —rió Gretel—. ¡Menuda caída!

Sin embargo, bajo su raída chaqueta azul latía un corazón tierno, y a pesar de no poder contener la risa, se acercó desliziéndose con un movimiento grácil hasta su hermano que yacía postrado sobre el canal.

—¿Te has hecho daño, Hans? ¡Vaya, pero si te estás riendo! ¡A ver si me pillas! —y habiendo dicho esto salió disparada, ya sin temblar de frío, pero con las mejillas coloradas y los ojos brillándole de alegría.

Hans se puso en pie de un brinco e inició una rápida persecución, pero no era nada fácil atraparla. Sin embargo,

Gretel no pudo alejarse mucho antes de que sus patines empezasen también a chirriar.

Sabiendo que no hay mejor aliado del valor que la prudencia, se volvió repentinamente y empezó a patinar hacia los brazos de su perseguidor.

—¡Ja, ja! ¡Te he atrapado! —exclamó Hans.

—¡Ja, ja! Yo te atrapé a ti —replicó ella, forcejeando para soltarse.

Justo entonces oyeron una voz clara y apremiante que les llamaba:

— ¡Hans! ¡Gretel!

—Es nuestra madre —dijo Hans, poniéndose serio al instante.

En esos momentos el canal brillaba bajo la luz del sol, la brisa fresca de la mañana era deliciosa, y cada vez había más patinadores. La verdad es que no resultaba fácil obedecer la llamada, pero Hans y Gretel eran buenos chicos, y la posibilidad de hacerse los remolones ni siquiera pasó por sus mentes. Así que se quitaron los patines, dejando sin desatar la mitad de los cordones. Mientras caminaban de regreso a casa, Hans, con sus grandes hombros cuadrados y su abundante pelo rubio, parecía aún más alto al lado de su pequeña hermana de ojos azules. Él tenía quince años, y Gretel sólo doce. Hans era un muchacho responsable, de aspecto robusto y mirada noble, alguien que, al igual que los carteles que cuelgan de los portales de las pequeñas *zomerhuis*² holandesas, parecía llevar grabadas en la frente las palabras: «he aquí una persona

2 Casa de veraneo

buena». Gretel era ágil y vivaracha, tenía cierta chispa en sus ojos y el color de sus mejillas parecía encenderse y apagarse como un lecho de flores rojas y blancas que fuese mecido por el viento.

Tan pronto como dejaron atrás el canal, pudieron ver la casita de campo de sus padres y, esperando allí en pie, rodeada por el torcido marco de la puerta, como si se tratara de un cuadro, la figura esbelta de su madre; vestida con una chaqueta, una falda y un gorro ajustado. Aun si la casa hubiese estado a un kilómetro³ habría parecido que estaba cerca. En aquel país tan llano todos los objetos se divisan claramente a distancia; y las gallinas se distinguen tan fácilmente como los molinos. De hecho, si no fuera por los diques y los altos baluartes de los canales, uno podría recorrer Holanda de punta a punta sin que un solo montículo o cima obstaculizase su visión.

Nadie conocía mejor aquellos diques que Dame Brinker y los jadeantes jovencitos que corrían en dirección a ella. Pero antes de explicarles por qué, permítanme que los lleve en un viaje a bordo de mi mecedora hasta aquel lejano país donde van a poder ver, quizá por primera vez, algunas de las cosas curiosas que Hans y Gretel podían contemplar a diario.

3 Una media milla.